

Psicología y desarrollo humano

El hombre alaba a Dios

Hna. Virginia Isingrini

Misionera Xaveriana y psicoterapeuta

En los últimos números de esta revista hemos reflexionado sobre la realidad y la función del lenguaje. Continuemos con nuestras reflexiones.

El lenguaje como don

En una glosa incorporada al texto griego del Ben Sira (Si 17, 4) se lee otro don que el Creador hizo al hombre: «Y como séptimo don, el lenguaje que interpreta las obras del Señor». Aquí es enunciada la función del lenguaje en un contexto religioso de creación: lo que significa interpretar las obras del Señor lo lee el glosador un poco más abajo: «Les mostró sus maravillas para que se fijaran en ellas, para que alaben el santo nombre y cuenten sus grandes hazañas» (8 10). El hombre admira las obras de la naturaleza y las interpreta como creación; algunos hechos de la historia, y los interpreta como acción de Dios, y por ambos alaba al Señor. Alabar es interpretar: enunciar el sentido auténtico y profundo de los seres. «Todo hombre ha sido creado para alabar a Dios: también aquellos que en este momento no lo piensan. La alabanza es el estupor de no ser nosotros el centro del universo, es la alegría de que haya alguien más grande que nosotros, que nos ama sin límites, alguien que ama a todo hombre», afirma el ex Arzobispo de Milán Carlo María Martín.

Don para alabar

No existe en la Biblia otro objeto de la alabanza que no sea Dios. Por lo tanto, la alabanza es la manera más propia y elevada del hombre para relacionarse con Él. Y la alabanza es exultación, sobrecogimiento, reverencia y maravilla ante las obras de Dios. «La alabanza es nuestra primera respuesta al asombro –sostiene el místico hebreo Heschel–. ¿Qué más nos queda ante el Sublime sino alabar, sonrojarnos por nuestra incapacidad de expresar lo que vemos y avergonzarnos por no saber agradecer por nuestra facultad de ver?»

En términos más filosóficos, diríamos que la alabanza es la expresión del ser, es el asombro ante el ser. Un creyente, al ser salvado de la muerte, exclamará: «Los muertos no alaban al Señor, ninguno de los que bajan al Silencio. Nosotros, los vivos, bendecimos al Señor» (Sal 117, 17 18; cfr. Is 18, 18 19). El hombre alaba porque está vivo y siente que la vida es un regalo del Altísimo. Para la Biblia, en especial para los Salmos, alabar es vivir. Por ende, no alabar quiere decir no vivir, quiere decir morir. De hecho, la muerte es un no alabar a Dios, porque significa no vivir la vida como un don que se puede agradecer y devolver únicamente en la alabanza.

Al comentar el himno que se desenvuelve en la «liturgia cósmica» del Salmo 148, el experto Alonso Schökel hace notar cómo la alabanza va asumiendo distintos matices. Ante todo, el salmista nombra los seres creados: sol, luna, collados, cedros, estrellas lucientes, árboles frutales, aves que vuelan... Nombrándolos, vuelve a tomar posesión de ellos, como Adán en el Paraíso, devolviendo a los nombres su esplendor primitivo. Luego ordena estos mismos seres según categorías precisas: arriba los astros, dos astros según los tiempos, y

aparte las estrellas; a un lado los árboles frutales y al otro los cedros; en un plano los reptiles y en otro las aves; por aquí los príncipes y por allá los pueblos; en dos filas, quizás dándose la mano, los muchachos y las muchachas. Mediante del lenguaje el hombre acoge los seres, separándolos de la indiferencia caótica, les da su lugar y así dispuestos los conduce a la celebración litúrgica.

El salmista también llama, interpela a los seres con su respectivo imperativo: «¡Alaben al Señor!», y se dirige en los mismos términos a las ocho categorías y al resto de sus invitados. Con esa llamada el poeta logra hacerlos presentes en su mente. Mientras el animal sólo responde a estímulos presentes en el ambiente, el hombre puede perforar la barrera de la ausencia y traer a su presencia lo remoto en el tiempo y el espacio.

Con su palabra, el orante del Salmo 148 no sólo dice, sino que produce hechos, según una acepción común en el mundo bíblico. En la oración y en la poesía recurrimos a las palabras no para usarlas como signos de objetos, sino para percibir las cosas a la luz de las mismas palabras. En un acto parecido al de Dios, el liturgo del Salmo 148 reconduce de hecho a las criaturas hacia el Creador, las lleva a su destino, un destino impreso constitutivamente en ellas. La Creación no se completa cuando las cosas reciben del hombre su nombre, sino cuando por ellas alaba a Dios y las invita a alabar a Dios.

El salmo es, finalmente, una palabra que nace del silencio y que deja, después de sí, otro silencio. Un silencio entendido no tanto como simple ausencia de palabras, sino como un hueco de resonancia para ellas; silencio donde se detiene el júbilo y el entusiasmo, y al detenerse se ahonda.

Los poetas, esos mineros, artífices, peones, jardineros, amantes y sacerdotes de la palabra, como los define Octavio Paz, nos pueden acercar un poco al misterio de la palabra humana, por haber sentido y sufrido más que otros su belleza y tormento. Nos contentamos con unos breves testimonios que consideramos muy sugestivos:

Di, oh poeta, ¿cuál es tu quehacer?

- Yo celebro.

*Mas lo mortífero y lo monstruoso,
¿cómo lo arrostras, cómo lo soportas?*

- Yo celebro.

*Mas lo que no tiene nombre, lo anónimo,
¿cómo lo llamas no obstante, oh poeta?*

- Yo celebro.

*¿De dónde tu derecho a la verdad
bajo aquella máscara o este disfraz?*

- Yo celebro.

*¿Y por qué la quietud o el arrebatado
como estrella y tempestad te conocen?*

- Porque celebro.

(Rainer Maria Rilke)

Tú, el Hombre, Idea viva.

*La Palabra que se hizo carne, Tú;
que la sustancia del hombre es la palabra,*

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 43 (2010)

*y nuestro triunfo hacer palabra nuestra carne,
haciéndonos ángeles del Señor.
(Miguel de Unamuno)*

*Un impulso indomable
habita el santuario de este mundo
por romper el silencio de las cosas
y expresar el sentido de los seres
en palabra, color, gesto y sonido.
(Hermann Hesse)*

*Señor, ¿qué nos darás en premio a los poetas?
Mira, nada tenemos, ni aun nuestra propia vida;
somos mensajeros de algo que no entendemos.
Nuestro cuerpo lo quema la llama celeste,
si miramos es sólo para verterlo en voz.
(José María Valverde)*

*También las cosas son palabras
joyeros de sílabas divinas: palabras
morada del Ser, y vosotros
los escribas del misterio, ¡oh poetas!
Un solo verso –perla
rara que las cosas en rincones
impenetrables encierra
celoso–, un solo verso
–herida sobre el infinito como
costado abierto de Cristo–, también
un solo verso puede hacer
más grande el universo.
(David De María Turolde)*